

III

LOS BELIGERANTES Y LA OPINIÓN ESPAÑOLA

No debe maravillarnos ni ofendernos que la opinión, no sólo de Francia, de Bélgica y de Inglaterra, sino también de muchos países neutrales, encuentre gran dificultad en comprender cuál es la nuestra en relación con los beligerantes, o a lo menos, en desentrañar la razón de lo que externamente se dibuja de ella en las manifestaciones más aparentes y que más trascienden al extranjero. Verdaderamente, el equívoco y la confusión que hay en el fondo de nuestras divisiones con motivo de la guerra, son para desconcertar a quien no conozca muy a fondo nuestra manera de ser social y política; y sabido es que muy pocos fuera de España la conocen.

Al principio, la impresión dominante en Francia y en Inglaterra fué que todos, o la inmensa mayoría de los españoles, eran

germanófilos (empleemos esta palabra para abreviar, aunque sea absolutamente inexacta). Contribuyó a ello, en primer término, la abundante y bien organizada propaganda de los alemanes, que no halló, durante muchos meses, contrarresto alguno en la de los aliados (todavía hoy inferior a su contraria en muchas cosas), ni tampoco en la actividad de los que aquí simpatizaban con aquellos.

Esa impresión aparece reflejada en el artículo del *Times* comentado en un capítulo anterior. La misma proporción con que ese artículo trata lo referente a la opinión germanista y a la francófila o anglófila (1), concediendo a la primera el mayor espacio, muestra que, a juicio del articulista, es aquella la más importante y de cuidado. Todavía en Enero, Morel-Fatio (2) suponía que son germanófilos muchos de nuestros «intelectuales». A mayor abundamiento, el *Times* generalizaba extraordinariamente sus observaciones acerca de las causas de francofobia, hasta producir en el lector la impresión de que toda

(1) Digo de estos términos lo mismo que del de germanófilo; y luego explicaré por qué.

(2) *L'attitude de l'Espagne dans la guerre actuelle*, artículo publicado en *Le Correspondant* de 25 Enero, 1915.

España participa de ellas; y, en fin, concluía de tal modo, que parecía dejar entender que la prudencia de nuestros Poderes públicos consistía en ser neutrales, porque sino, se verían las buenas disposiciones de algunos elementos favorables a los aliados, arrolladas por el ímpetu de la opinión contraria.

¿Pudo tener esto base real alguna vez? En rigor, y durante cierto tiempo, nosotros mismos, los españoles, (o por lo menos, una gran parte de ellos en provincias), no supimos realmente a qué atenernos. Se juzgaba ligeramente, por impresión de sentidos, que podría decirse, sin estudiar el caso, aunque a veces con la sospecha de un error: el que siempre producen cien voces que gritan y son, por ello, más aparentes que miles de bocas que callan. Las voces eran, casi exclusivamente, germanistas; los partidarios de los aliados, callaban en su inmensa mayoría o se expresaban, por lo común, de un modo ténue, apagado, discreto, como con temor.

Y lo hubo, en verdad. El temor estribaba en dos cosas: una, la de entorpecer la afirmación de neutralidad que por las razones ya dichas nos obligaba, y que podía hacerse difícil, de encrespar las pasio-

nes; otra, que aun prevalecía cuatro meses después de estallar la guerra (la he oído repetidamente de labios de personas muy señaladas), era razón de táctica, dirigida a no excitar a los germanistas (numerosos por la propaganda intensa a que antes he aludido), causando el efecto de reafirmar y emperrar a muchos en la opinión inicial, efecto que las polémicas agudas suelen producir. Por el contrario, creían prudente muchos anti-germanistas esperar a que en la masa de los primeramente seducidos por la rápida y sistemática acción de las agencias alemanas, se produjese la serie indudable de desengaños y rectificaciones que los hechos mismos de la guerra, y la reflexión sobre sus causas y efectos, habían de producir, y que en Enero ya era perceptible.

No se engañaron los que así pensaban. En la primitiva masa germanófila se ha iniciado una reacción, reduciendo su número. A compás de esto, la propaganda de los aliados se ha organizado entre nosotros, y muchos españoles que con ella simpatizan han salido de su silencio, que, no obstante todos los motivos apuntados, puede considerarse como un error.

De todos modos, la situación no es hoy

como era en Agosto y Septiembre de 1914 y aún mucho después. Lo que esperaba Morel-Fatio en Enero, se ha cumplido, quizá en mayor medida de la que él esperaba. Señalemos, entre los efectos logrados, el hecho de que escritores que a menudo abominaron de Francia y de la influencia francesa en la vida intelectual española (o la miraron con desdén), ahora la defienden y ponen en la picota los defectos de la cultura germánica.

Veamos cuál es la verdadera situación actual. No me propongo hacer el análisis de todos sus elementos. Para el público a quien principalmente me dirijo, considero inútil explicar la actitud de los germanófilos, que es la más conocida y clara, aunque, en realidad, sus últimas interpretaciones auténticas varían bastante el punto principal de apoyo, fundando la inclinación germanista del grupo que justamente debe estimarse como el más considerable, en estas dos solas razones, reunidas bajo la rúbrica de «criterio geográfico-histórico» y también «criterio patriótico»: que Inglaterra (de Francia nada se dice, y aún se la reconocen buenas cualidades) nos ha perjudicado siempre en nuestra política internacional y seguirá perjudicándonos, y

que Alemania, al vencer (para sus partidarios, es indudable que vence), nos dará Gibraltar y Portugal (1). En otros elementos, el criterio determinante es quizá el de la fuerza, ya explicado en el capítulo primero. Lo que me importa es definir exactamente la actitud de los partidarios de Francia, Bélgica e Inglaterra, y las razones en que reposa su actitud.

Y ante todo, conviene insistir en lo apuntado más arriba, acerca de la impropiedad de los términos que se usan para distinguir a los dos núcleos de opinión española. Ni expresa bien la palabra «germanófilo» la disposición de espíritu de los que esperan y desean el triunfo de Alemania, y aun verían con gusto que ayudáramos a que se produjese, ni las de «francófilo» y «anglófilo» dicen nada para entender el fundamento de la opinión de quienes preferirían el triunfo de los aliados. El uso de esas denominaciones sólo puede justificarse hoy por la costumbre adquirida y por la carencia de otras palabras que las sustituyan sin un rodeo gramatical; pero tomadas al pie

(1) Declaraciones del Sr. Vázquez Mella a un redactor de *La Gaceta del Norte* (Bilbao), Marzo de 1915.

de la letra, son un error, cuando no una habilidad dialéctica.

Todo el mundo sabe, por ejemplo, que la mayoría de nuestros germanistas actuales abominan en conciencia de la cultura alemana, en aquella parte de ella que alcanzó más altura y más ha influido en el desarrollo intelectual de los países católicos. Aparte las campañas que el Krausismo y sus derivaciones han levantado siempre; aparte lo que Menéndez y Pelayo (no obstante la gran amplitud de su espíritu, que sabía, como no saben muchos de los que le llaman correligionario, estimar lo grande y elevado que hay en Goethe, en Schiller, en Herder, en Fichte, en Kant) escribió de la «ciega, pedantesca y brutal teutomanía», recientísimo está el ejemplo dado por la prensa que se llama «católica» y ahora es, por lo general, germanista, cuando en 1913 se publicó el Catálogo de la Biblioteca circulante para las escuelas primarias. En aquella algarada famosa, esos periódicos pedían que se suprimiesen de aquél, por nefandos o peligrosos, los libros de Kant, Goethe, Fichte, Bebel, Harnack, Schwegler, Schelling, Hegel, Krause, Schopenhauer, etc., libros que no debían

leer nuestros maestros (1). Y ahora apetece la victoria de Alemania que, inevitablemente, como siempre ha sucedido, no sería sólo la de su predominio militar, sino, también, la de su filosofía, su pedagogía y su sentido religioso.

Por otra parte, todo el mundo sabe también (2) que los liberales, y cuando más liberales y más cultos, con mayor intensidad, son en grandísima parte (desde los tiempos de Sanz del Río, unos; desde antes, otros) hijos espirituales de Alemania en filosofía, en ciencias jurídicas, en pedagogía, en historia, en lingüística, en disciplinas experimentales y médicas, no obstante lo que en algunas de estas materias

(1) Artículos de *El Correo Español*, *El Siglo Futuro* y otros periódicos. Los libros a que se hace referencia en el texto son: Kant, *Fundamentos de una metafísica de las costumbres*, *Crítica de la razón práctica* y escritos sobre educación; Goethe, sobre *Educación y Fausto*; Fichte, *Discursos a la nación alemana* y *Doctrina de la ciencia*; Bebel, *La mujer ante el socialismo* (traducido y editado por D.^a Emilia Pardo Bazán: Harnack, *La esencia del cristianismo*; Schwegler, *Historia general de la Filosofía*; Schelling, *Bruno o el principio divino*; Hegel, *Lógica*; Krause, *Mandamientos de la Humanidad*; Schopenhauer, *Parerga y Paralipomena*. (V. al Catálogo Oficial de la Biblioteca circulante. Parte de estos libros figuran allí nominatim; parte están incluidos en la *Biblioteca económica filosófica*, que comprende sus traducciones al castellano).

(2) Por mi parte, me he esforzado en decirlo, contra la opinión vulgar de que no somos hoy más que unos *afrancesados* en la ciencia.

deben a Inglaterra y a Francia (1). Y, sin embargo, esos — con raras excepciones — son los que más simpatizan con la causa de los aliados, aumentando así el equívoco inexplicable a los ojos de los observadores superficiales. Y es que, realmente, los motivos que impulsan a unos y otros (germanistas y anti-germanistas) son muy distintos de los que se expresan con palabras de valor puramente sentimental o de comprensión demasiado amplia, porque supone una aprobación completa e indistinta a todo lo que representan, de un lado, Alemania, de otro, Francia e Inglaterra. Uno de nuestros escritores germanistas ha dicho que sus correligionarios (en este asunto) «legitimistas católicos y ultra-conservadores», tienen horror al intelecto-

(1) Tan conforme estoy con lo que dice mi ilustre amigo Morel-Fatio en lo que se refiere a la Historia, que, como el recordará, desde 1890 vengo sosteniendo la superioridad de la metodología francesa sobre la alemana. Pero con todo cariño y respeto, me permito hacerle observar que la influencia más honda de la filosofía alemana, y la que ahora está ejerciéndose sobre muchos de nuestros jóvenes orientados hacia el cultivo de las ciencias jurídicas y pedagógicas, no la hemos recibido por conducto francés. ¿Ni por qué se deja arrastrar, él, tan sabio y tan querido por nosotros, del contraproducente y ligero desden que tantas veces perjudica a sus compatriotas, al hablar, confundiéndolos todos en una misma masa, de nuestros pensionados en el extranjero?

tualismo germánico y sólo aman el militarismo alemán. Lo primero, me parece indudable; lo segundo también creo que está en el fondo de los otros motivos que se confiesan y propalan. De todos modos, puede asegurarse que ni de una parte hay verdaderamente *germanofilia*, ni de la otra *germanofobia*, ni siquiera ciega adoración y sobreestimación de lo que para nuestra vida representan Inglaterra y Francia.

La posición de los que simpatizan con los aliados, es más equilibrada, serena e independiente que todo eso. Sus motivos de adhesión son otros. Ninguno quiere el aniquilamiento de Alemania, ni confunde lo que en la guerra actual ha vencido dentro de Alemania misma, con lo que ésta ha hecho y lo que hará en lo futuro por la civilización y lo que significa como pueblo. Un socialista, el Dr. Jaime Vera, lo ha dicho rotundamente al contestar impertinencias de sus correligionarios alemanes: «No conoce a los socialistas españoles quienquiera que se los figure deseosos de la *ruina de Alemania*. En el círculo de los problemas prácticos del socialismo, nunca hemos tropezado con el *desideratum* de la ruina de Alemania, ni siquiera del conglomerado austro-húngaro-

tcheco-ruteno-eslavo, etc., dominación de los Habsburgos. Algo debo saber de los socialistas españoles, no tan ignaros y mucho más prudentes que en el *Chemnitzer Volkstimme* se les estima. *Ni ellos, ni hombre alguno de la más mediana doctrina puede desear ni creer posible semejante disparate.....* Alemania hubiera demostrado superioridad efectiva y portentosa si hubiera traído lo que la civilización necesita y lo que un socialismo grande, generoso y humano cree aportar: el medio de extender las naciones su población, sus actividades y su genio, sin destruir por el hierro y el fuego la civilización y el genio de otros pueblos. La gloria guerrera es ya repugnante hasta cuando es necesaria.» La opinión de los socialistas españoles no es, por otra parte, diferente de la expresada por Lloyd George, por Bryce, por Lidney Brooks, etc., entre los ingleses y norteamericanos, y por algunos autores franceses. Todos distinguen entre el militarismo y el imperialismo prusianos, y el pueblo alemán. Lloyd George ha dicho: «No diré yo una palabra sola en detrimento del pueblo alemán. Es un gran pueblo y tiene cualidades de pensamiento, de sentimiento y de trabajo. Creo, a pesar de los aconte-

cimientos recientes, que hay grandes reservas de bondad en el labriego alemán como en cualquier labriego del mundo.» Bryce ha escrito: «Ni por un momento se las atribuyo (las doctrinas de Bernhardt y de Treitsschke) a las clases cultas de Alemania, por las cuales siento profundo respeto, reconociendo sus inmensos servicios a la ciencia y a la cultura; ni tampoco al conjunto de la administración civil, organismo cuya aptitud y rectitud todo el mundo conoce; y menos que a nadie al pueblo alemán en general..... Aún ahora, no sentimos enemistad hacia el pueblo alemán.» Como estos textos podrían citarse muchos, que revelan una gran serenidad y una noble distinción de las diferentes cosas mezcladas en el actual conflicto (1).

Del mismo modo piensan muchos de los liberales españoles partidarios decididos de los aliados. Por ello, no sólo protestan

(1) Por ejemplo algunos párrafos de las recientes declaraciones hechas por lord Haldane al *Daily News* de Chicago. Lord Haldane, de quien referiré luego otros juicios, no culpa a toda Alemania, sino al espíritu prusiano que temporalmente domina el país y cree que «si se hubiera podido evitar la guerra durante otros 20 años... la Alemania amante de la paz, la Alemania que pone el derecho por encima de la fuerza, hubiera ganado un dominio definitivo en Berlín y no hubiese sobrevenido la guerra».

de que se quiera desviar la cuestión actual hacia la referente al valor de la cultura alemana y lo que a ella debemos, sino que en muchos momentos han sentido—sin que flaquease su adhesión a la causa de Francia e Inglaterra, — la necesidad de protestar también contra los ataques que confunden lo bueno y lo malo en el «enemigo» alemán, y de evitar la censura de ingratitude que la propia conciencia puede lanzarles por no afirmar la diferencia entre cosas muy distintas (merecedoras, por eso, de juicios muy diferentes), ante los ataques que a una de ellas se dirigen.

Esa actitud noble y honrada, ni debe envalentonar a los germanistas, ni preocupar a los aliados. Al defender la cultura alemana (la verdadera, no la que autoriza y santifica la violencia y el dominio sobre pueblos contra la voluntad manifiesta de los dominados), reconocer lo que el mundo le debe (¿no se sirvieron de ella los franceses, con muy buen acuerdo, después de 1870?) y sentir un movimiento de gratitud por lo que contribuyó a la formación intelectual de la España moderna, esos liberales españoles no harían más que cumplir con un deber elemental en quienes se sienten, en gran parte, hijos de la filoso-

fía y las ciencias alemanas; pero, a la vez, saben que igualmente son hijos del Derecho y las libertades que Francia e Inglaterra les enseñaron, y en ellos aquella gratitud no tiene, pues, ningún valor político referido al momento actual. El único peligro que pudieran tener esas manifestaciones, de no explicarse con toda claridad e insistencia su alcance y significación, sería que las usasen como arma los germanistas; pero con la explicación por delante, de modo que no haya lugar a equívoco alguno, nada importarán para lo esencial del problema que la guerra ha planteado, y sólo servirán para definir más y más una posición independiente, serena, y por ello más provechosa para los aliados que todos los apasionamientos y lisonjas.

¿Cuáles son, pues, los motivos fundamentales en que apoyan su opinión los españoles que, para abreviar, llamaremos anti-germanistas?

Innecesario parece decir que esos motivos no son los «sentimentales» de que habla un escritor germanófilo. Secundariamente, pueden quizá esos motivos mover algunos ánimos o robustecer inclinaciones que tienen otra fuente más alta; pero ellos solos carecen de valor para decidir una ac-

titud en el grave momento de ahora, aparte de que lo característico de toda persona culta es no tener exclusivismos en esta materia y saber que la *europaización* encuentra tantos elementos útiles en Inglaterra, en Alemania, en Italia, en Suecia, en otros muchos países, como en Francia. Tampoco es la base de la actitud liberal simpática a los aliados, el jacobinismo y la clerofobia. Hay muchos liberales españoles que no son jacobinos ni clerófobos, como ha habido en Francia, y hay, muchos republicanos, radicales y aún de religión no católica, que tampoco son una cosa ni otra. Morel-Fatio lo ha demostrado muy bien en su artículo, y realmente casi no hacía falta demostrarlo para la gran parte de opinión española que sabe lo que pasa en Francia por lecturas directas u observación personal, y no por referencias. Que haya radicales españoles a quienes parezca bien toda la política de algunos gobiernos franceses, y muchos otros que encuentren buena una parte mayor o menor de ella, no es bastante motivo para fundar su actitud en la guerra actual, como no lo sería el hecho de que en Bélgica dominan hace muchos años el partido católico y su política, para colocarse ahora enfrente de Bélgica

y al lado de los atropelladores de su neutralidad y de su soberanía.

Los fundamentos de esta opinión a que me vengo refiriendo y que estimo ser la de la mayoría de los liberales españoles (desde luego, es la más firme y en ella han de coincidir todos, aun los que, además, tengan otros motivos) son más complejos y de mayor altura política y moral. Por eso no lograrán destruirlos la negación, o la no existencia real, de motivos que los germanistas discuten apoyándose en los informes contradictorios y explotando la contradicción, o rechazando el supuesto de su intervención efectiva en la base ideal del conflicto.

Así, la cuestión no está esencialmente, para los hombres de que hablo, en las crueldades del ejército alemán o de parte de él. Es inútil discutir esto para el efecto de tomar un partido o dejarlo. Con crueldades o sin ellas (con ellas, naturalmente, aunque no sean todas las propaladas, aún más), la opinión aludida estará con los aliados y contra Alemania, porque ese no es el fondo de la situación.

Sí, como se ha dicho tantas veces, y tan comunmente y con fundamento, se cree en los países neutrales donde la cuestión se

plantea fuera del terreno utilitario, la guerra significa el encuentro de dos tendencias: el militarismo y el antimilitarismo como *finalidad* nacional; el respeto a las naciones y su atropello a merced de las conveniencias guerreras, o de otro modo, si la guerra ha de traer como efecto naturalísimo, a su terminación, la victoria de una de esas dos tendencias, los más de los liberales españoles estarían por ello con los aliados (1). Pero aunque no hubiese

(1) Sabido es que ahora se intenta desvirtuar el alcance, la popularidad y el valor representativo en la actitud de Alemania, de las idas de Bernhardi, sus predecesores y sus correligionarios actuales. El mismo Bernhardi, ha tratado de atenuarlas, aunque infructuosamente. La consigna es echarle la culpa a Inglaterra de una falsa, o cuando menos, exagerada interpretación de aquellas doctrinas. Pero los hechos tienen, una vez más, fuerza superior a todas las excusas de palabra. Que muchos alemanes no piensen como Bernhardi, cualquiera podía presumirlo, y lord Haldane ya lo había dicho hace tiempo; que algunos de los arrastrados por el movimiento inicial de la guerra, rectifiquen hoy su posición, o se hayan convencido de la necesidad de rectificarla para desvirtuar el efecto producido en el mundo, como dice el profesor Sieper, es cosa probada, y ojalá triunfen esas rectificaciones en el pueblo alemán; pero que la doctrina de Bernhardi es la que se ha impuesto en la guerra y la que ésta simboliza, nadie que no esté apasionado lo puede negar. El profesor noruego Collin tiene razón en decir que la mejor prueba de que las ideas de aquel escritor alemán no están en pugna (como ahora se quiere hacer creer) con las dominantes en los altos círculos militares de Alemania, se encuentra en el hecho de que el Estado Mayor general y el Gobierno se han pronunciado en el mismo sentido y han obrado conforme a esos principios. Y que ellos siguen dominando, lo prueban también

nada de esto (y si lo hay, positivamente, en hechos consumados) ni se produjese la referida consecuencia al terminar la lucha; es decir, aun en el caso de que todo lo que parecen representar Francia, Inglaterra y Bélgica en aquel terreno, fuese un engaño, como algunos germanistas suponen, una máscara que no les impidiera el día de mañana, sobre todo a las grandes potencias, hacer lo mismo que hoy censuran en su enemigo (y eso ¿quién lo puede probar ahora?), continuaría inquebrantable aquella opinión.

Y es, que sus dos bases fundamentales reposan sobre hechos que nada puede destruir: ni la mala fe para otras cosas, de quienes los han realizado; ni la inexactitud de una o varias de las razones secun-

libros como el recientísimo del teniente Kuhn sobre las *Verdaderas causas de la guerra* y respuestas tan elocuentes como la del Field Mariscal Rieges al diario *Zeit*, de Viena, en que una vez más brilla la vanidad alemana, motor de guerra en grandísima parte. La respuesta a un interrogatorio sobre las razones de la impopularidad de Alemania en el mundo, dice así, según el texto de un telégrama de Roma, fecha 4 de Abril corriente: «Alemania tiene tantos enemigos, porque es la nación que sobresale por encima de todas las demás. Como dice Schiller, el mundo gusta de oscurecer al que brilla y de arrojar en el polvo al que está alto. Sócrates tuvo que beber la cicuta, Colón fué encarcelado y Cristo, crucificado» — Véase sobre este mismo asunto, la nota de la pág. 84.

darias que han servido también para determinar actitudes.

Esas dos bases son : la una, el hecho de que ni Francia, ni Inglaterra, mucho menos, Bélgica, querían la guerra, y han sido las agredidas: Bélgica, con menosprecio de su neutralidad y violación de lo pactado; Francia, con el más premeditado y primordial impetu, aunque el agravio supuesto procedía de Rusia, como si fuera aquella — arrastrada por su fe en los tratados y por el ataque directo, — la que se quería, ante todo, aplastar; Inglaterra por el honor de su palabra empeñada en el compromiso de la neutralidad belga (1).

(1) El *Times* (Weekly Edition, 12 Marzo 1912) ha desvanecido, con una franca declaración, el equívoco que pudiera haber en esto y que la malicia no dejaría de explotar a no existir explicación. Una cosa es decir en sustancia el motivo que nos ha llevado a la guerra principalmente (nuestro deber de no tolerar la violación de la neutralidad de Bélgica que nuestra firma había garantizado) y otra las razones que nos llevaron a prestar esa garantía; pero esas razones, solidamente prácticas, no quitan valor alguno al acto de lealtad que realizamos saliendo a la defensa de Bélgica. «Como Alemania escribe nosotros empeñamos nuestra palabra en garantía de la neutralidad de Bélgica. Al contrario de Alemania, hemos creído caso de honor mantener esa palabra que dimos. Pero sabemos bien que al mantenerla, el interés propio actúa juntamente con el honor, con la justicia y con la piedad. ¿Por qué garantizamos la neutralidad de Bélgica? Por una imperiosa razón de interés propio, por la misma razón que en todo tiempo nos ha hecho oponernos al establecimiento de una gran potencia frente a nuestra costa. Este, por la

No discutamos hechos de otros tiempos, ni posibilidades futuras. Nos atenemos al de hoy; y hoy como mañana, la opinión de todos los hombres enemigos de la violencia estará contra el matón, contra el agresor, llámese como se llame, individuo o colectividad, rey o presidente, así como la de todos los que estimen algo el valor del Derecho y de la palabra empeñada, estará contra el que falte a uno y a otro, aunque el poder del que falta sea tan inmenso que esa confesión y esa actitud lleven aparejados los mayores peligros. Aún seguro de la ineficacia de la protesta, quien se mueve en la vida por los sagrados motivos de la lealtad y la justicia, protestará siempre de la injusticia y la deslealtad, y se colocará al lado de la víctima de ambos. Sólo a fuerza de afirmar una y otra vez la necesidad de que el Derecho y la buena fe reinen en el mundo y de no tolerar, en lo que a cada cual corresponde, su atropello, llegará la humanidad a conseguir que dominen en las más de las relaciones sociales.

razón que nos llevó a defender los Países Bajos contra España y contra la Francia de los Borbones y de Napoleón. Nosotros mantenemos nuestra palabra una vez dada, pero no la damos sin tener para ello sólidas razones prácticas».

¿Cómo hubiera sido posible lograr lo que ya en este terreno se ha logrado, sino por la protesta, y aún el sacrificio, de los que no se amilanaban ante el ataque de los fuertes ni ante las especiosas razones del lobo de la fábula?

La fuerza de esas consideraciones es tan grande, que no sólo ha movido a la mayoría de la opinión liberal española, sino también a una gran parte de los hombres de otras filiaciones políticas, a muchos hombres de ideas conservadoras (1), pero en quienes, por encima de las creencias de partido, respetable como todo lo que es creencia sincera, vibra fuertemente el respeto al Derecho, a la vida de las naciones y a la santidad de la fe jurada, por lo que todo esto representa y por que saben que el día en que lo abandonáramos e irremisiblemente se perdiese, sería el día en que el desquiciamiento social (tan vaticinado por causas menos temibles y eficaces) nos enterraría a todos bajo sus ruinas. No se sostiene la vida social sino por el cumplimiento de la regla jurídica, el respeto al

(1) Sirva de ejemplo el librito de D. Alvaro Alcalá Galiano, *La verdad sobre la guerra*, 2.ª edición, Madrid, 1915. Otros nombres de igual o parecida filiación podrían citarse.

prójimo y la tolerancia mútua; y porque en la mayoría de los casos así es (merced a las garantías interiores más que a las exteriores), la humanidad ha progresado en lo que verdaderamente importa, y la convivencia entre los hombres es más amplia, segura y satisfactoria cada día. Alemania debe convencerse de que aun muchos de los que por otros motivos se sentirían atraídos en el conflicto actual hacia ella — por ella, o por desapego a los que con ella luchan, — se sienten hoy repelidos por el atropello de Bélgica, que la más cálida y habilidosa elocuencia no podría justificar (1).

(1) Véase, como demostración de este hecho, el artículo del vicerrector del Seminario de Madrid, D. Juan Zaragüeta, publicado en el diario belga *Le XX Siècle*; los del escritor católico Sr. Salcedo, en el *Diario de Barcelona* y *El Universo* (Madrid); el de otro escritor de igual filiación y gran renombre en ella, don Severino Aznar, titulado *Deuda de gratitud*; los del sacerdote español que firma con el pseudónimo de Veridicus, publicados en muchos periódicos católicos de provincias y de Madrid, y la evidente modificación que en punto al caso belga se advierte en otros diarios de la extrema derecha, no tan explícitos como los anteriores, pero interiormente influidos por ese movimiento de justicia y serenidad que conmueve al antiguo bloque católico-germanista. ¿Cabe esperar que el mismo impulso, y con igual lógica que la que en aquel domina, lleve a los católicos españoles a oír y dejar oír entre nosotros la voz del clero francés en lo tocante a la guerra? ¿Qué razones podrían oponerse a ello sin herir el prestigio de ese clero, que no puede ser para los católicos menor que el que inspira el belga?

La otra base de la opinión que examinamos, es la orientación social y política que en general representan Francia e Inglaterra frente a la que hoy significan los factores triunfantes en la vida interior de Alemania. No se trata (ya lo he advertido antes) de esta o la otra dirección concreta de tal gobierno francés o inglés, si no de las líneas generales de organización social, de ideas y sentimientos políticos, de finalidades primordiales en la vida.

El sentido de la libertad inglesa, tan respetuosa de la personalidad individual y que en su juego interno es base de una disciplina superior a la engendrada por los más tupidos reglamentos y las más complejas garantías exteriores; el humanitarismo de las grandes enseñanzas políticas francesas, en que se han engendrado muchas ventajas del vivir moderno continental, no obstante sus errores y sus fracasos, inferiores a sus aciertos; la dirección fundamental de los adelantos que, a pesar de las exageraciones y los extravíos, se cumplen en el orden de la práctica del derecho en ambos países, nos parecen más apetecibles que la subordinación a un Estado erigido en amo y director de todo movimiento y cuyo timón, autocráticamente, lle-

va un hombre; más apetecibles también que la férrea y simétrica disciplina anuladora del individuo en cuestiones capitales que sólo él, libremente, debe decidir, e infinitamente superiores a una organización orientada, ante todo y sobre todo, como suprema finalidad de la nación, hacia el dominio del mundo y la reducción a un solo molde, de todas las restantes formas de vida, estimadas como inferiores y despreciables (1).

(1) Eso no es *todo* el pensamiento alemán, pero, (como hemos dicho antes) es el que impera hoy, el que ha vencido en esta guerra y da carácter a la educación social y a la conducta política de aquel pueblo. Confundirlo con el que representan Kant y Hegel, Goethe y Schiller, Lessing y Herder y todos los grandes hombres que desde su patria han iluminado el mundo, o es grave error histórico, o argucia que lleva la finalidad de cubrir los defectos actuales con el pabellón de las excelencias pasadas (rigurosamente pasadas para Alemania, aunque estén próximas en el tiempo). Ni sería más verdad decir que el triunfo de aquel modo de pensar y conducirse significa la desaparición de tantas cosas admirables que otorga la cultura *actual* de Alemania, y que son en mucha parte fermentos de una rectificación de lo que ahora prevalece, que por sí misma hará la inteligencia alemana. Mas para ello, quizá es preciso que Alemania no triunfe en la guerra, pues su victoria, casi seguramente, la ataría por mucho tiempo al carro de los elementos intelectuales y pasionales que actúan y dirigen en la lucha actual. — Vid, una serena apreciación de lo que significan Inglaterra y Alemania y de lo bueno que esta tiene, en la conferencia dada en 1911 por lord Haldane, publicada en la revista belga *La vie internationale* (Tomo 1, fasc. 1.º) y traducida con el título de *La Gran Bretaña y Alemania, estudio sobre las características nacionales*, en el *Bol. de la Institución libre de enseñanza*, tomo XXXVII, 1913, páginas

Ya sabemos que esa segunda base no es de tan general aquiescencia como la primera. Puede haber y hay, efectivamente, opiniones que consideran preferible la educación y la organización a la alemana; pero si eso produce que en la estimación preferente de aquella base no concurren tantos hombres de distintas filiaciones (quizá tampoco todos los *liberales*) como en la primera, para la mayoría de éstos, y probablemente, para algunos conservadores, es preferible la inglesa. En quienes piensan así, sería deber de conciencia aconsejar a un padre que, para aprender su hijo tales o cuales disciplinas científicas y formarse como investigador, experimentador, o técnico en determinadas cosas, lo enviase a estos o los otros centros docentes de Alemania; pero tratándose de su educación como hombre, seguramente aconsejarían la ida a Inglaterra. Y no es dudoso que esto último importa más que lo primero, y que es, juntamente, lo que la

187 y 214. En el mismo *Boletín*, tomo XXXV, 1907, pág. 324, ved una apreciación comparativa de la organización social alemana e inglesa, en el sentido que se indica en el texto. ¿Quién podría afirmar que ambos tipos son irreductibles? Pero hoy por hoy, marcan con toda agudeza dos posiciones contrarias, de las que una no es apetecible que perdure y menos que se imponga.

guerra pone precisamente en cuestión y podrá decidir para algún tiempo. Nuestra convicción en ese punto, es decidida, y por eso damos una importancia capital a esta base en el razonamiento de la referida actitud.

Secundariamente, actúan sobre ella otros motivos más o menos relacionados con esta segunda base, entre los cuales el de los servicios recibidos de Inglaterra y de Francia por la causa liberal española, no obstante las veleidades de 1814, 1824 y algún momento de las guerras carlistas, que corresponden a períodos en que Francia no estaba orientada políticamente como hoy lo está. Pero repitamos que esos motivos son secundarios, incluso porque los contrarrestan ofensas y perjuicios recibidos de Francia y de Inglaterra, y no podrían, por sí solos, pues, fundamentar una simpatía. Los germanistas tienen razón en darles valor a esos perjuicios y ofensas que, en lo que toca a Francia, inútilmente procura debilitar Morel-Fatio, sobre todo en punto a los más recientes, v. gr. en los relativos a Marruecos (y al Muní y a Río de Oro, podría añadirse); que el insigne hispanista cuenta como motivos de buen

acuerdo (1). Nada de eso se nos oculta, ni lo hemos olvidado; pero aparte de estar seguros de que Alemania hubiera hecho lo mismo, y lo haría en lo porvenir, de tener sus asuntos internacionales tan ligados con los nuestros como Inglaterra y Francia, ninguna de esas cosas posee fuerza bastante para anular el peso incontrastable de los motivos desinteresados y de alta idealidad que nos llevan a desear el triunfo de las naciones aliadas.

El sentimiento del derecho herido y la convicción que tenemos en punto a la orientación político-social y la modalidad educativa que deben dominar en el mundo, son más fuertes que todos los rencores que podamos sentir por actos egoístas realizados contra nuestro derecho o nuestros intereses, como los sintieron contra nosotros otros pueblos cuando éramos una potencia europea temible (2). Por lo mismo que, lle-

(1) Respecto de otros menos fundados, o infundados del todo, véase el artículo de fondo (*Para desmemoriados*) de *El Liberal* de Madrid correspondiente al día 9 de Abril y que viene a mis manos al corregir esta página.

(2) Aun desde el punto de vista sentimental a que aludimos y que, propiamente, es utilitario en el fondo, resulta evidente el error que hay en colocarse en el plano de los agravios para orientar una política internacional. Conveniente es quejarse de ellos y procurar que se compensen y no se repitan;

gado el período de nuestra debilidad, hemos sufrido los ataques del fuerte, debemos hoy alzarnos contra ataques análogos, sin mirar quien es la víctima de ellos, para procurar que en lo sucesivo no ocurran, o que disminuyan, y para tener siempre autoridad al quejarnos, protestar y revolvernarnos contra los agravios que se nos hagan. Una misma es la razón de derecho para todos, amigos o enemigos en otros respecto, fieles o desleales: no se nos diga después — y con razón — que sólo sentimos la injusticia cuando nos hiere y no cuando hiere a los demás, con lo que ayudaríamos su perpetuación en el mundo. Puede ser una ilusión generosa creer que desaparezca o que cada día se haga más rara; pero seguramente (aparte de lo aventurado que es profetizar en esto, *lo mismo* afirmativa que negativamente), el

pero ninguna nación que aspira a ser algo en el mundo se ha dejado jamás conducir por ese criterio. «Después de Sadowa (escribe con mucha razón a este propósito, el Sr. Alcalá Galiano) Austria se unió a Alemania, su vencedora. Italia a pesar de su patriotismo humillado, formó parte de la *Triplice* con estas dos. Y Francia misma, a raíz del desaire de Fashoda, comprendió que enemistarse con Inglaterra sería un suicidio político y, olvidando una ofensa pasajera, hizo la *Entente cordiale*.—No seamos, pues, nosotros, como aquél rey de Francia que «ni olvidó ni aprendió nada», y sirvamos estas recientes lecciones de la experiencia »

camino cierto para que siempre exista es encerrarse cada cual en su egoísmo y no ver que el silencio ante el daño ajeno constituye prenda segura para que el día de mañana se convierta, agravado, en propio.

En fin, para agotar el análisis de esta actitud en favor de los aliados, repitamos que de igual modo que en el orden de cosas antes referidas se adoptó aquella con toda conciencia, sin caer en candideces ni olvidar lo pasado, sino *a pesar* de ello, la repetida preferencia por Inglaterra y Francia no es ciega y, como quien dice, producto de una fe ingenua y sencilla que se deja subyugar por la primera impresión y pierde toda independencia de juicio. Por el contrario, no es una preferencia absoluta y en bloque a todo lo francés y lo inglés, que lleve implícita negación de lo bueno y aprovechable que ofrecen otras naciones, rechazándolo desde luego para no ser infiel a una adhesión en que el entusiasmo o los motivos sentimentales en general, oscurecerían la crítica necesaria para la selección. Sabemos bien qué es lo que Francia e Inglaterra tienen de utilizable para nuestra educación y nuestra cultura, como sabemos lo que les falta y dónde podemos hallarlo, y allí lo buscamos ya, sin

exclusivismos, con toda independencia, por lo mismo que es para nosotros verdad clarísima que ninguna nación del mundo es modelo en todo, sino que cada una tiene su modalidad particular y sus excelencias propias, que sería locura no asimilarnos hasta donde es posible, pero más locura aun constituir en bandera que cubra y ampare como mercancía buena todo lo demás que en otros sitios puede hallarse en mejores condiciones. La misma justa reserva, las mismas distinciones aplicadas al juicio de la cultura, la organización y el ejemplo social, económico, etc., de Alemania, la misma y no otra aplicamos a los demás beligerantes. Pero esa misma independencia y severidad avaloran la adhesión y la preferencia que ponemos en las cosas fundamentales que caracterizan hoy la general modalidad política, social y pedagógica de Inglaterra y Francia, porque es una preferencia razonada y concedora de su alcance y de su verdadero sentido.

Pero convendrá que nuestro amigos de aquellos países no olviden que las colectividades no están de ordinario propicias a olvidar agravios y desdenes. Si ellos quieren conquistarse de un modo firme y definitivo nuestra adhesión, será preciso

que unan, a los motivos que naturalmente encuentra una opinión que sabe elevarse en estos momentos de crisis sobre los resquemores patrióticos, algunos hechos que indiquen modificación radical en maneras de proceder no muy remotas, y que sobradamente han de entender ellos que son molestas para quien las sufre. Admirable sería que al final de esta guerra, si vencen los aliados, pudiesen cumplir y garantizar todas las reformas que hoy exponen como su programa en cuanto a las relaciones internacionales, al respeto y protección de los débiles, a la fuerza ética y jurídica de los compromisos contraídos, etc. Aun sin dar excesivo vuelo a la fantasía, de modo que considere todas estas cosas de fácil realización y, como quien dice al alcance de la mano veinticuatro horas después de la paz, hay derecho a creer que algo de lo que se promete en beneficio de todos está en la esfera de poderío de las naciones aliadas, si triunfan, conseguirlo y garantizarlo, y cabría decir que es posible aún sin un triunfo completo, solo con una paz en que los aliados conservaran fuerza y prestigio bastantes para poder imponer cosas que no serían en exclusivo provecho suyo y que habrían de hallar atmósfera

favorable en todos los neutrales poseedores de algún instinto de conservación o de un sentido jurídico clarividente (1). Eso que de los aliados se espera, háganlo, esfuérzense por lograrlo. Es el mejor consejo que pueden darles los que ahora están a su lado porque creen que representan el derecho y la buena orientación social y política.

(1) Es muy interesante, a este propósito, el punto de vista de lord Haldane, en sus declaraciones al *Daily News* de Chicago, ya citadas, no por lo que promete en ellas, sino por lo que razona como consecuencia forzosa de la guerra actual, que se impondría, cerrando el paso con un imposible moral, a la voluntad que flaquease en otro sentido. Francia e Inglaterra quedan, en efecto, moralmente incapacitadas para adoptar, por lo menos durante muchísimos años, otra actitud en las relaciones internacionales que la que ahora tienen, y eso llevará a un mayor respeto de los tratados. Lord Haldane cree también que los intereses económicos (más fuertes que los motivos jurídicos) traerán la obligación del arbitraje, y que si vencen los aliados, el fracaso militar de Alemania convencerá a todos de la inutilidad de la política de los armamentos. «Si Alemania, armada como estaba, no pudiese ganar ¿cómo podría ninguna otra nación-dice-esperar el triunfo por medio de las armas? Yo confío en que el mundo, como resultado de esta guerra, se desembarazará, en parte por lo menos, de la carga de los armamentos».

Por otra parte, este razonamiento de Lord Haldane es el que se han hecho aquí todas las gentes imparciales. Si 40 años de preparación militar no han servido a Alemania para vencer un modo fulminante (como esperaba) a naciones desprevenidas ¿qué es eso sino el fracaso de la política guerrera á outrance y de los preparativos y planes militares? Lo que hace falta es que un país tenga patriotismo y medios económicos. Con ambas cosas (y la natural y corriente previsión en las militares) se salvan todos los momentos de crisis. Lo demás, sólo puede servir para satisfacción de un espíritu agresivo.

IV

LOS PELIGROS DE LA GUERRA

Quiero ahora ocuparme de ciertos peligros que, entre los muchos evidenciados por la experiencia o lógicamente presumibles como inherentes a todo conflicto militar del género del que ahora deploramos todos, son voceados insistentemente y acusan un estado de pesimismo y un desaliento que pueden producir más consecuencias morales, en beligerantes y neutrales, que la misma expresión emanada del espectáculo del dolor, la ruina, la muerte y el despertar de los sentimientos crueles en gran parte de los hombres. Me refiero a los peligros de que desaparezca la civilización europea, o la de algunas naciones beligerantes y, cuando menos, que sufra larga interrupción por cesar la acción cooperativa de muchos de los elementos que hasta hoy han aportado sus valores y energías a la obra común.

Felizmente, los temores a que obedece